

A close-up photograph of a woman's face and hands. She is wearing a white, ruffled, high-collared dress. Her hands are holding a white teacup and saucer. The lighting is dramatic, with strong highlights on her face and hands, and deep shadows in the background.

V. S. ALEXANDER

LA
CATADORA
DE
HITLER

Una novela inspirada en la increíble vida de Margot Wölk,
catadora del Führer


ESPASA

V. S. ALEXANDER

LA CATADORA DE HITLER

Traducción de Susana Olivares



ESPASA

Título original: *The Taster*

© 2018, V. S. Alexander

Publicado por primera vez por Kensington Publishing Corp.

Derechos de traducción negociados por Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L.

© por la traducción, Susana Olivares, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con

Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C. V.

Primera edición: septiembre de 2019

ISBN: 978-84-670-5664-8

Depósito legal: B. 15.790-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

A principios de 1943, un miedo extraño se apoderó de Berlín.

Cuando el año anterior sonaron las sirenas antiaéreas, miré al cielo. No vi nada más que unas nubes altas que ondeaban por encima de mí como si fueran las colas de unos corceles blancos. Las bombas de los Aliados ocasionaron pocos daños, y los alemanes creímos que estábamos a salvo. Hacia finales de enero de 1943, mi padre ya sospechaba que aquél era el preludio de una intensa lluvia de destrucción.

—Magda, deberías irte de Berlín —me sugirió cuando comenzó el bombardeo—. Es demasiado peligroso. Podrías ir a Berchtesgaden, a casa del tío Willy. Allí estarías a salvo.

Mi madre estaba de acuerdo con él.

Pero yo no quería saber nada de su plan porque, de niña, sólo había visto a mis tíos una vez. Me parecía que el sur de Alemania estaba a miles de kilómetros. Amaba Berlín y quería permanecer en el pequeño edificio de apartamentos de Horst-Wessel-Stadt en el que vivíamos. Nuestra vida, así como todo lo que conocía, se limitaba a

ese único piso. Quería normalidad; después de todo, la guerra iba bien. Eso era lo que nos decía el Reich.

En la Stadt todo el mundo creía que bombardearían nuestro vecindario. Había muchas industrias cerca, entre ellas la fábrica de frenos en la que trabajaba mi padre. A las once de la mañana del 30 de enero, mientras Hermann Göring, el Reichsmarschall, daba un discurso por la radio, tuvo lugar un bombardeo de los Aliados. El segundo ocurrió ese mismo día, más tarde, cuando hablaba el ministro de Propaganda, Joseph Goebbels. Los Aliados planearon sus ataques a la perfección e interrumpieron ambos discursos.

Mi padre seguía en el trabajo cuando empezó el primer bombardeo, pero ya estaba en casa durante el segundo. Decidimos que nos reuniríamos en el sótano cuando tuvieran lugar los ataques aéreos, junto con Frau Horst, que vivía en el último piso de nuestro edificio. En esos primeros días, desconocíamos el alcance de la destrucción que podían causar los bombardeos de los Aliados, la terrible devastación que podía caer de los cielos en forma de sibilantes nubes negras de proyectiles. Hitler dijo que se protegería al pueblo alemán de tales horrores y nosotros le creímos. Incluso los muchachos que yo conocía y que formaban parte de la Wehrmacht guardaban esa creencia en el fondo de su corazón. Una sensación de confianza y triunfo nos impulsaba hacia delante.

—Deberíamos bajar ya al sótano —le dije a mi madre cuando empezó el segundo ataque. En la escalera le grité esas mismas palabras a Frau Horst, pero añadí—: ¡Deprisa, deprisa!

La anciana asomó la cabeza por la puerta de su apartamento.

—Necesito que me ayudes. No puedo darme prisa. Ya no soy tan joven como antes.

Subí corriendo la escalera y la encontré sosteniendo una cajetilla de cigarros y una botella de coñac. Se las quité de las manos y nos dirigimos hacia abajo antes de que las bombas impactaran. Estábamos acostumbrados a los apagones. Ningún bombardero podría ver que salía luz de nuestro sótano sin ventanas. La primera explosión se produjo lejos y no me preocupé.

Frau Horst encendió un cigarro y le ofreció coñac a mi padre. Al parecer, los cigarros y el licor eran las dos posesiones que deseaba llevarse a la tumba. Sobre nosotros cayeron partículas de polvo. La anciana señaló las vigas de madera que estaban sobre nuestras cabezas y soltó:

—¡Malditos sean!

Mi padre asintió sin gran entusiasmo. La vieja caldera de carbón hacía ruidos desde la esquina, pero era incapaz de disipar la corriente helada que recorría la habitación. Nuestro aliento congelado era visible bajo la áspera luz de una bombilla desnuda. Una detonación más cercana retumbó en nuestros oídos, y la luz eléctrica se apagó con un parpadeo. Un resplandor anaranjado brilló en el cielo, tan cerca que pudimos ver su rastro de fuego a través de las grietas que rodeaban la puerta del sótano. Una nube de polvo se arremolinó por la escalera. Se oyó un estallido de vidrios en algún lugar del edificio. Mi padre nos cogió a mi madre y a mí de los hombros, nos acercó a él y cubrió nuestras cabezas con su pecho.

—Ha caído muy muy cerca —dije temblando contra mi padre. Frau Horst sollozaba en una esquina.

El bombardeo terminó casi tan rápido como había empezado, y subimos la oscura escalera de vuelta al apartamento. Frau Horst se despidió y nos dejó solos. Mi madre abrió la puerta y buscó una vela en la cocina. A través de la ventana, vimos un humo negro que brotaba de un edificio a varias manzanas de distancia. Mi madre encontró una cerilla y la encendió.

Emitió un grito ahogado. Una de las puertas de la vitrina se había abierto y varias piezas de porcelana fina que le había regalado mi abuela estaban hechas añicos en el suelo. Se agachó delante de los trozos, tratando de unirlos como si fuera un rompecabezas.

También estaba destrozado un gran florero de cristal tallado que tenía un gran valor sentimental para ella. Mi madre cultivaba geranios e iris morados en el pequeño jardín de la parte de atrás del edificio. Cuando florecían, ella cortaba los iris y los colocaba en ese florero en el centro de la mesa del comedor. Su embriagadora fragancia inundaba todas las habitaciones de la casa. Mi padre decía que esas flores lo hacían sentirse feliz porque le propuso matrimonio a mi madre en la época en que florecen.

—Nuestras vidas se han vuelto frágiles —afirmó mi padre mientras contemplaba con tristeza el desastre.

Al cabo de unos minutos, mi madre perdió la esperanza de reconstruir los platos y el florero, y arrojó los fragmentos a la basura.

Se recogió el cabello de color azabache en un moño y se dirigió a la cocina para coger una escoba.

—Tenemos que hacer sacrificios —dijo alzando la voz.

—Tonterías —respondió mi padre—. Somos afortunados por tener una hija y no un varón; de lo contrario,

me temo que dentro de poco estaríamos organizando un funeral.

Mi madre apareció con la escoba en el quicio de la puerta de la cocina.

—No debes decir ese tipo de cosas. Das una impresión equivocada.

—¿A quién? —Mi padre negó con la cabeza.

—A Frau Horst. A los vecinos. A tus compañeros de la fábrica. ¿Quién sabe? Tenemos que ser cuidadosos con lo que decimos. Ese tipo de afirmaciones, incluso siendo rumores, podrían costarnos caro.

La luz parpadeó al volver a encenderse y mi padre suspiró.

—Ése es el problema. Tenemos cuidado con todo lo que decimos... y ahora tenemos que lidiar con los bombardeos. Magda debe marcharse. Tiene que irse a Berchtesgaden con el tío Willy. Incluso puede que encuentre un empleo.

En mis veinticinco años de vida pasé de trabajo en trabajo: estuve en una fábrica de ropa, fui mecanógrafa para un banquero y abastecí los estantes de una tienda cuando me contrataron como encargada, pero me sentía perdida en el mundo laboral. Nada de lo que hacía parecía apropiado ni importante. El Reich deseaba que las muchachas alemanas fueran madres, pero antes quería que fueran trabajadoras. Supongo que eso también era lo que yo quería. Si tenías un empleo, era necesario que te dieran permiso para dejarlo. Como yo no tenía ninguno, me sería difícil ignorar los deseos de mi padre. Y, en lo que al matrimonio se refería, tuve unos cuantos pretendientes a partir de los diecinueve años, pero nada serio. La guerra se llevó a muchos jóvenes. Aquellos que se

quedaron no lograban conquistar mi corazón. Era virgen, pero no me arrepentía de ello.

En los primeros años de la guerra, Berlín se salvó. Cuando empezaron los ataques, la ciudad era como un zombi: seguía viva, pero no era consciente de sus movimientos. Las personas parecían insensibles. Nacían bebés, y sus familiares los miraban a los ojos y les decían lo bellos que eran. Tocar un suave mechón de cabello o pellizcar una mejilla no garantizaba ningún futuro. Enviaban a los jóvenes al frente, tanto al oriental como al occidental. En las calles, las conversaciones se centraban en el lento descenso de Alemania al infierno y siempre finalizaban con «las cosas mejorarán». También eran comunes las charlas relacionadas con alimentos y cigarros, pero palidecían en comparación con la gran ostentación con que se transmitían las noticias de las últimas victorias ganadas con los incansables esfuerzos de la Wehrmacht.

Mis padres fueron los últimos de una larga lista de Ritter que vivieron en nuestro mismo edificio. Mis abuelos vivieron allí hasta que todos murieron en la misma cama en la que yo dormía. Mi dormitorio, el primero desde el pasillo, en la parte delantera del edificio, era sólo mío, el lugar en el que podía respirar. Allí no había fantasmas que me espantaran. Mi habitación no contenía gran cosa: la cama, una pequeña cajonera de roble, una librería destartada y los pocos tesoros que reuní a lo largo de los años, incluyendo el muñeco de peluche que mi padre ganó en un carnaval en Múnich cuando yo era niña. Al empezar los bombardeos, mi dormitorio cambió de aspecto. Mi refugio adquirió un aire sagrado

y extraordinario, y cada día que pasaba me preguntaba si su paz se derrumbaría como un templo bombardeado.

El siguiente ataque aéreo de gravedad se produjo el 20 de abril de 1943, el día del cumpleaños de Hitler. Los pendones, banderas y estandartes nazis que decoraban Berlín ondeaban en la brisa. Las bombas causaron algunos destrozos, pero la mayor parte de la ciudad quedó ilesa. Ese ataque también me recordó cada uno de los temores que sufría de niña. Nunca me gustaron las tormentas, los rayos ni los truenos. La creciente gravedad de los bombardeos me ponía los nervios de punta. Mi padre insistió en que me marchara y, por primera vez, sentí que tal vez tuviera razón. Esa noche me observó mientras empaquetaba mis pertenencias.

Reuní las pocas cosas que me importaban: un pequeño retrato de la familia de 1925, en tiempos más felices, y algunos cuadernos para apuntar mis pensamientos. Mi padre me entregó mi muñeco de peluche, el único recuerdo que guardaba de mis años de infancia.

A la mañana siguiente, mi madre lloró al verme bajar la escalera con la maleta. Una lluvia de primavera humedecía la calle, y el aroma terroso de los árboles verdes inundaba el aire.

—Cuídate, Magda. —Mi madre me dio un beso en la mejilla—. Mantén la cabeza alta. La guerra terminará pronto.

Le devolví el beso y probé la sal de sus lágrimas. Mi padre estaba en el trabajo, pero nos habíamos despedido la noche anterior. Mi madre me cogió de las manos una vez más, como si no quisiera dejarme ir, y después las soltó. Levanté mis maletas y me fui hacia la estación de tren. Tenía por delante un largo viaje hasta mi nuevo ho-

gar. Feliz de refugiarme de la lluvia, accedí a la estación por la entrada principal. Mis tacones resonaban en el suelo de piedra.

Encontré el andén del tren que me llevaría a Múnich y a Berchtesgaden, y esperé en la fila bajo las celosías de hierro de los techos abovedados de la estación. Un joven soldado de las SS con su uniforme gris revisaba las identificaciones de los pasajeros a medida que subían al tren. Yo era una alemana protestante, ni católica ni judía, y lo bastante joven para estar convencida de ser invencible. También había varios miembros de la policía ferroviaria, vestidos con sus uniformes verdes, junto al oficial de seguridad mientras este último revisaba la fila.

El hombre de las SS tenía un rostro delgado y atractivo en el que destacaban unos ojos azules acerados. Llevaba su cabello castaño recogido bajo una gorra militar formando una onda. Examinaba a cada persona como si fuera un delincuente en potencia, pero su frío proceder ocultaba sus intenciones. Me incomodaba, aunque no me quedaba la más mínima duda de que me dejaría subir al tren. Me miró fijamente y estudió mi identificación, prestando especial atención a mi fotografía, antes de devolvérmela. Me ofreció una ligera sonrisa de satisfacción, sin coqueteo alguno, como si concluyera un trabajo bien hecho. Agitó una mano hacia el pasajero que estaba detrás de mí para que avanzara. Mis credenciales pasaron su inspección. Quizá le gustó mi fotografía, yo pensaba que había salido favorecida: el cabello castaño oscuro me caía hasta los hombros, mi rostro era muy estrecho, los ojos eran demasiado grandes para mi cara, haciendo que pareciera proceder de Europa del Este, dándome un aspecto similar al de un cuadro de Modi-

gliani. Algunas personas me habían comentado que, aun siendo alemana, tenía un aspecto bello y exótico.

El vagón no tenía compartimentos, sólo asientos, y estaba medio lleno. Algunos meses más tarde, el tren rebosaría de turistas ansiosos por veranear en los Alpes. Los alemanes desearían disfrutar de su país incluso en mitad de una guerra. Una pareja joven, que parecía estar profundamente enamorada, se sentó unas filas por delante, cerca del centro del vagón. Apoyaron la cabeza el uno en el otro. Él le susurraba algo al oído a la mujer, se ajustaba el sombrero y se fumaba un cigarro. Encima de ellos había unas nubes de humo azul. De vez en cuando, la mujer le cogía el cigarro de entre los dedos y le daba una calada. Los hilos de humo se dispersaban por todo el vagón.

Dejamos la estación en la penumbra de aquel lluvioso día. El tren empezó a acelerar cuando salimos de la ciudad y pasamos frente a las fábricas y los campos de cultivo de Berlín. Me recliné en mi asiento y de una de mis maletas saqué un libro de poemas de Friedrich Rückert. Mi padre me lo había regalado unos años antes, pensando que me gustarían los versos de ese autor romántico. Todavía no había podido leerlos; el hecho de que mi padre me lo regalara me importó más que los poemas que contenía.

Fui pasando las páginas sin tan sólo ojearlas, concentrada únicamente en que dejaba mi vida anterior para iniciar una nueva. Me perturbaba alejarme tanto de casa, pero debido a Hitler y a la guerra, no tenía otra opción.

Encontré la dedicatoria que mi padre había escrito en la primera página del libro. Decía: «Con todo el amor de tu padre, Hermann». La noche anterior, al despedirnos,

parecía más viejo y más triste de lo que correspondía a un hombre de cuarenta y cinco años como él, aunque se le notaba aliviado por que me trasladara a casa de su hermano. Caminaba encorvado. Ese ladeo se debía a que tenía que inclinarse todo el tiempo durante su trabajo en la fábrica de frenos. Su barba gris, que se afeitaba cada mañana, revelaba las dificultades personales a las que se enfrentaba a diario, entre ellas su desagrado por el nacionalsocialismo y por Hitler. Por supuesto, semejantes cosas jamás las mencionaba; sólo insinuaba su preferencia política delante de mi madre y de mí. La infelicidad lo carcomía, le quitaba el apetito y lo hacía fumar y beber en exceso, a pesar de lo difícil que resultaba conseguir tales lujos. Acababa de sobrepasar el límite de edad para prestar el servicio militar en la Wehrmacht. Aunque, de todos modos, una lesión de juventud en una pierna lo hubiera incapacitado. Al escuchar sus conversaciones, me quedaba claro que sentía poca admiración por los nazis.

Lisa, mi madre, simpatizaba más con el Partido, aunque ni ella ni mi padre eran miembros. Al igual que la mayoría de los alemanes, detestaba lo que le había sucedido al país durante la Primera Guerra Mundial. Muchas veces le decía a mi padre: «Por lo menos ahora la gente tiene trabajo y comida suficientes». Mi madre ganaba un dinero extra para casa haciendo de costurera y, gracias a la agilidad de sus manos, también hacía algunos trabajos para un joyero. Fue ella quien me enseñó a coser. Así que vivíamos de una manera acomodada, aunque no éramos ricos. Afortunadamente, nunca tuvimos que preocuparnos por tener suficiente comida hasta que comenzó el racionamiento.

Ni mi padre ni mi madre mostraban sus ideas políticas de manera explícita. De nuestro edificio no colgaba ningún banderín ni bandera nazi. Frau Horst colocó en una de sus ventanas un cartel con una esvástica, pero era pequeño y casi no se veía desde la calle. Por mi parte, no me afilié al Partido, un hecho que a mi madre le causaba cierta preocupación. Ella pensaba que sería bueno para mí, ya que unirme a él podría ayudarme a conseguir empleo. Pero yo no pensaba demasiado en el Partido. No se esperaba de las chicas alemanas que pensarán en la política. Sin duda, no iba a haber mujeres líderes dentro del nacionalsocialismo, y yo en realidad no estaba del todo segura de lo que significaba ser miembro del Partido, de modo que nunca sentí la necesidad de afiliarme a él. Se estaba librando una guerra a nuestro alrededor. Estábamos luchando para abrirnos camino hasta la victoria. Mi inocencia enmascaraba mi necesidad de saber más.

Seguí hojeando el libro hasta que el tren empezó a detener su marcha.

El oficial de las SS de la estación apareció por detrás de mi hombro derecho. En la mano izquierda sostenía una pistola. Caminó hasta la pareja que estaba delante de mí y colocó el cañón del arma contra la sien del joven, que estaba fumando. La mujer miró hacia atrás, en mi dirección; sus ojos delataban el terror que sentía. Parecía lista para correr, pero no había escapatoria: de repente, en la entrada de cada extremo del vagón, aparecieron unos oficiales de policía armados. El oficial de las SS retiró el arma de la sien del hombre y les indicó con unos movimientos que se levantarán. La mujer cogió su oscuro abrigo y se envolvió el cuello con una bufanda negra.

El oficial los escoltó hasta el fondo del vagón. No me atreví a volverme para ver lo que estaba sucediendo.

Al cabo de unos momentos, miré por la ventanilla que tenía a mi izquierda. El tren se detuvo en mitad de una llanura. Un automóvil negro, salpicado de fango y con un tubo de escape cromado que despedía nubes de humo, estaba estacionado en un camino de tierra junto a las vías del tren. El hombre de las SS empujó a la pareja del tren al interior del vehículo y después subió tras ellos, con la pistola aún en la mano. Los oficiales de policía se acomodaron en el asiento delantero junto al conductor. Tan pronto como se cerraron las portezuelas, el coche dio la vuelta en el campo, dejando una estela lodososa en el camino, y se dirigió de nuevo a Berlín.

Cerré los ojos y me pregunté qué habría hecho la pareja para que la bajaran del tren a la fuerza. ¿Serían espías aliados? ¿Judíos que intentaban abandonar Alemania? En una ocasión —pero sólo una—, mientras estábamos sentados a la mesa durante la cena, mi padre nos habló de los problemas que estaban teniendo los judíos en Berlín. Mi madre se burló de la idea y dijo que eran «rumores infundados». Él respondió que uno de sus compañeros vio la palabra «*Juden*» pintada en varios edificios del sector judío. El hombre se sintió incómodo tan sólo por estar allí, aunque fuera por accidente. Había esvásticas pintadas en las ventanas. Carteles que advertían sobre las consecuencias de hacer negocios con mercaderes judíos.

Pensé que era mejor guardarme mis opiniones y no avivar una discusión política entre mis padres. Me entristecía pensar en los judíos, pero no conocía a nadie que les tuviera especial aprecio, y el Reich siempre los

señalaba como culpables. Como tantos de mis compatriotas, hice la vista gorda. Lo que decía mi padre bien podía ser un rumor. Confiaba en él, pero sabía muy poco, sólo lo que se comentaba en la radio.

Busqué el coche negro con la mirada, pero se había desvanecido. No tenía ni idea de lo que había hecho la pareja, pero la imagen de los ojos aterrorizados de la mujer se quedó grabada con fuego en mi cerebro. Durante el resto de mi viaje, la lectura me ofreció poco consuelo. El incidente me había dejado inquieta y me pregunté quién sería el siguiente y cuándo terminaría todo.